

Conflicto en la escuela

Aprender a vivir juntos: límites y normas para niños y niñas

MARITZA DÍAZ

Directora Centro de Expresión Artística “Mafalda”, Jardín Infantil

La necesidad de vivir con otros, de relacionarse, reconocerse y pertenecer a colectivos, es parte de la naturaleza humana. La sociabilidad se experimenta desde antes de nacer. Las voces de las madres, los sonidos, los olores, los colores, los sabores y las formas del mundo, son referentes vitales para saber quién se es y en donde se está. Entre las miles y miles de nociones que se conforman durante la infancia, la manera de vivir con otros tiene un papel trascendental. Crecer como individuos singulares, al tiempo que se conforman relaciones con otros y se aprende a vivir juntos, es parte vital de la existencia. Este proceso está lleno de desafíos y de dilemas que plantean la necesidad de armonizar las necesidades personales con las colectivas y, es allí donde los límites le dan forma a las relaciones y las normas las regulan. Sin embargo, se trata de un complejo proceso que involucra a toda la sociedad, se asienta en la filigrana de las instituciones y de la cultura, pero se concreta en las personas.

Madres y padres de familia, cuidadores y educadores, se esfuerzan por hacer que se conformen las normas y los límites en los niños y las niñas, de tal manera que ese “vivir juntos”, se lleve a cabo de manera constructiva para todos y sobre todo en paz. Sin embargo, entre el deseo de construir una convivencia armónica y lo que realmente se experimenta en la vida social, las dificultades que emergen son muchas y profundas.

Para conformar las nociones de límite y normas durante la infancia, frecuentemente se retoman los modelos sociales que dan cuenta de las maneras consideradas apropiadas de límites y normas. Los modelos se consignan en un discurso colectivo del que se extraen las instrucciones para dar a los niños y las niñas acerca de lo aceptado o no. Pero, más que un discurso existen múltiples discursos acerca de lo que se desea regule y limite las relaciones interpersonales e interculturales. De una parte, existen lugares comunes en los discursos de convivencia. La honestidad, el respeto y cuidado de sí mismo, del otro, de lo otro, los tiempos y espacios adecuados para realizar diferentes acciones, la expresión de las ideas y sentimientos, son algunos de los aspectos que se establecen como parte de “valores” y “principios morales” que se busca anteponer en la crianza y en las intenciones educativas. Paralelamente, principios como el de no desaprovechar oportunidades o generar admiración y reconocimiento por “ser listo/a”, también están presentes en los discursos y comportamientos compartidos.

Tanto los contenidos de las normas y los caminos para establecer los límites, que se buscan educar en los niños y las niñas plantean una variedad incalculable. Tal vez lo más común es que se seleccionen algunos principios normativos y se busque “impartirlos” por medio de instrucciones presentes en las situaciones cotidianas familiares, escolares o de otras dimensiones de vida pública. Este camino presupone el deber del niño y la niña de obedecer o como se dice frecuentemente de “hacer caso”. Esta vía, regularmente va acompañada de incentivos y castigos. Expresiones como: “si no hace caso...”, son un recurso constante para someter y moldear el comportamiento de las personas desde la infancia, creyendo que se educa en valores y se hacen seres respetuosos de las normas. Regularmente el castigo se imparte por “no haber hecho caso”, más que por no cumplir la norma.

De manera menos contundente, pero muy seguramente si mejor intencionada, están los ejemplos que se buscan mostrar a los niños y las niñas. Ser ejemplo de buen comportamiento y de acatar las normas, es entendida como la fuente más contundente para la buena educación. Esta concepción se basa en la idea que los niños y las niñas aprenden fundamentalmente por medio de la imitación. Ellos y ellas son concebidos como imitadores natos de lo que ven hacer o escuchan decir. Diferentes estudios han confirmado la importancia de la observación y la imitación en los procesos de aprendizaje y algunos que van más allá de ver al niño y la niña como si fuesen hechos de greda que se moldea, escuchando, viendo y haciendo. Otros, dan cuenta de la necesidad de pertenencia, pero además resaltan el peso que tiene para los niños y las niñas la necesidad de hacerse visibles, de aceptación y de sentirse amados. De esta manera la imitación se ubica como una retribución que entablan los niños y las niñas para “ganar” el reconocimiento adulto y así sentirse amados. Es decir, que si bien registran constantemente y con todos sus sentidos lo que otros hacen y dicen, no se trata meramente de una etapa en la que el niño y la niña *calcan* los sentimientos y las acciones de otros. Aquello que le plantean los sucesos y las relaciones que se entretienen en ellas, cobra especial peso en lo que los niños y las niñas deciden imitar.

Entre la observación y las interacciones existe una tenue división. En ocasiones lo que sucede aplica para otros, pero las interacciones que afectan a los niños y las

niñas pueden estar mediadas por tratamientos particulares. Esta diferencia recoge fuertemente la concepción de infancia que se tenga. Si por ejemplo se cree que los niños y las niñas no entienden o son completamente dependientes, las relaciones de respeto pueden tomar un significado en las relaciones entre adultos, pero otro en las interacciones con los niños y las niñas. Es entonces cuando un adulto reconoce en otro adulto a un interlocutor, pero no realmente en un niño o una niña. Cuando le responde sin prestar atención a lo que le dice y termina imponiéndose por que “yo digo y punto” o utiliza cualquier otro recurso, menos el crear un real diálogo.

Bajo el principio de obediencia o de imitación que se les exige a los niños y las niñas, muchas generaciones fueron “educadas” con manuales y cátedras de comportamiento cívico. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos, se ha hecho evidente que las maneras de vivir juntos siguen teniendo enormes dificultades y lejos de ser armónicas y sentadas sobre relaciones de una ética de lo humano, llegan a formas de violencia insospechadas. Muchas costumbres centradas en un grupo de niños y niñas entre 3 y 5 años, se caracterizan por “*solo yo, yo primero, no me dejo, todo vale, vean como soy de listo-no me cogen, yo si-tu no...*” Ante alguna trasgresión, los adultos comúnmente indican a los niños y las niñas que deben aprender a defenderse. Muchas veces eso significa hacerle lo mismo al otro, pero más duro, para neutralizarlo por medio de la fuerza. ¿Qué se le enseña y qué aprende realmente el niño y la niña con esa afirmación? Además de quedar ubicado entre la trasgresión y la presión por defenderse que le indica el adulto, eventualmente también entiende que es capaz de hacer lo que el otro, pero que su causa si es la justa. Es decir que el fin justifica los medios y que si somete al otro, será reconocido y valorado. Esta distorsionada idea de “hacerse respetar”, ha estado presente desde la niñez y en la sociedad, generación tras generación.

Enseñanzas más benévolas como “no le hagas a otros lo que no quieras que te hagan”, sin duda plantean otro tipo de relación consigo mismo y con el otro. Sin embargo, sería mucho más enriquecedor decir “no le hagas a otros lo que a ellos no les gusta que les hagan”. A alguien le pueden gustar las cosquillas y no por ello puede obligar a otros a recibir cosquillas.

Más allá, existe la posibilidad de aprender a definir cuáles son los límites personales. A trazar aquella línea que no debe permitir que otros traspasen y a reconocer la línea que no se debe traspasar en otros. A entender el por qué esa línea es necesaria y de qué manera es vital para la integridad de cada persona, desde el inicio de la vida. De esta manera los niños y las niñas pueden construir una noción de límites que se proyectan y se reconocen. La exploración asistida con niños y niñas en el proyecto pedagógico del Centro de Expresión Artística Mafalda/Jardín Infantil Mafalda, nos ha mostrado como se puede aprender a decir “alto ahí” e incluso “esto no es bueno para mí”. Hemos visto cómo las niñas y los niños entienden con claridad asombrosa, a partir de la interacción y la imitación, a conectarse con una fuerza interior que les permite poner su mano delante de quien los trasgrede y mirarle a los ojos, para marcar un límite. Algunos muy pequeños que aún no pueden expresar verbalmente ese “alto ahí”, lo hacen de manera contundente con el gesto.

Idealmente se esperaría que existiera una sólida coherencia entre el discurso social (lo que se dice), el modelo (lo que se hace) y las interacciones que se entablan con los niños y las niñas, en relación al menos con los límites y normas. Es sabido que la relación entre esos aspectos, está llena de incoherencias. Lo que se le indica a los niños y niñas, lo que se les muestra a través de la acción y la manera en que se interactúa con ellos puede no solo tener discrepancias, sino que puede guardar contradicciones tajantes. Sin duda que ha de ser muy confuso e incluso angustiante crecer y aprender así. Fácilmente se ve que estas incongruencias no suceden solo entre adultos y niños, sino que están presentes en todo tipo de relaciones y en esta medida son parte de la cultura.

Por lo anterior, es necesario profundizar en los aspectos culturales que subyacen en la manera en que nos relacionamos con los límites y las normas. Estrategias para educar como es el caso de la propuesta de “cultura ciudadana”, expusieron aspectos como la “cultura del atajo”, que se buscaron reorientar con la primera.

Hoy se reconoce la importancia de investigar más acerca de cuáles son las causas de las incoherencias. Incoherencias que se convierten en bloqueos personales y culturales que no realizan de manera armónica y respetuosa la necesidad humana e impiden vivir juntos. Para transformar lo que deba ser transformado y construir límites y normas sólidas, fundadas y aprendidas desde el sentido, se requiere saber más acerca de la manera en que se reproducen esos bloqueos en la crianza y la educación desde la primera infancia. Es fundamental entender: ¿qué saberes interactúan con las experiencias, valores, comportamientos, principios, creencias, costumbres y simbologías, que inciden en la manera en que nos relacionamos con las normas y los límites y, que establecen la manera de vivir juntos que enseñamos a nuestros niños y niñas?